



Corolarios

Colombia: cien años de urbanización

BENJAMIN BARNEY-CALDAS

- 1
Calle cartagenera.
- 2
La Torre del Reloj, la Catedral, la torre de la iglesia del Carmen y al fondo edificios de varios pisos construidos después del terremoto (Popayán).
- 3
El claustro y la iglesia coloniales de San Francisco (Popayán).
- 4
La cúpula neoclásica de la Catedral, desde San Francisco (Popayán).
- 5
El portal de Los dulces, con edificios altos de nueva planta y sobre elevaciones que rompen la bella unidad volumétrica de la ciudad (Cartagena).
- 6
El Metro elevado que se paso sin pudor alguno por en medio del centro viejo de la ciudad; al fondo edificios innecesariamente altos levantados al altar de la modernidad y con el negocio inmobiliario como objetivo (Medellín).
- 7
Edificio ni moderno ni posmoderno (Medellín).
- 8
El viejo seminario reciclado para centro comercial (Medellín).
- 9
Los claustros y las iglesias vieja y nueva de San Francisco; a la derecha la Torre Mudéjar. Única en América (Cali).

La humanidad ha resuelto muchos de sus problemas gracias a las ciudades. Allí viven sociedades más confortables, pacíficas y justas, especialmente en los países desarrollados, como observó Karl Popper, ya hace años, en *La sociedad abierta y sus enemigos*. Aunque afrontan difíciles problemas, los intentos de limitarlas han fracasado. Por el contrario, han solventado no pocos desafíos y todas crecen en población e importancia económica y cultural. En los países subdesarrollados participan cada vez más en el ingreso nacional y se gastan importantes recursos en mejorarlas. En este siglo, la unidad más relevante de producción económica, organización social y generación de conocimientos será la ciudad. Los Estados nacionales ceden terreno, frente a las regiones y sus polos urbanos.

No solamente la civilización no sería posible sin ellas, sino tampoco la vida misma de los 6.000 millones de habitantes del planeta, pues cerca de la mitad viven en ciudades y casi todos los demás dependen de ellas. Para el 2015, serán 3.900 millones los que vivan en las ciudades, tres cuartas partes en el mundo subdesarrollado, en sus regiones de mayor analfabetismo (The State of World Population: 2001), especialmente en Asia. Terminando así el ciclo, anotado hace años, en el sentido de que los grandes centros del comercio mundial, que comenzaron en el oriente, se han ido trasladando hacia el occidente (W. Schneider: 1961) hasta llegar nuevamente al Asia. De hecho, el delta del Río de las Perlas, en China, con un 17% de analfabetismo, es la zona más dinámica del mundo en población, planificación regional y urbana y arquitectura. (R. Koolhaas: s.f.)

Pronto habrá 23 metrópolis, con más de 10 millones de habitantes cada una. En Latinoamérica estarán Sao Paulo, con más de 20 millones, la quinta en tamaño; Ciudad de México con cerca de 20, la séptima; Buenos Aires, con algo más de 15, la decimoquinta, y Río de Janeiro, aproximadamente con 15, la

10

Los edificios que reemplazaron las casa coloniales de uno y dos pisos del viejo casco junto al río (Cali).

11

Calle cartagenera.

12

La plaza y la Iglesia Nueva de San Francisco rodeadas de incomprensibles edificios innecesariamente altos modernos y pseudo posmodernos (Cali).

13

La Biblioteca Virgilio Barco del arquitecto Rogelio Salmona (Bogotá).

14

Calle del Barrio de La Candelaria (Bogotá).

15

La Plaza de Bolívar, recuperada como tal en los años 1960 y al fondo el Capitolio Nacional (Bogotá).

decimonovena. Muy de cerca le siguen Lima, Bogotá, Caracas y Santiago. Su analfabetismo varía del 15% en Brasil, el mayor de la región, al 3% en la Argentina, el más bajo, en una clara correlación con su rápido crecimiento y urbanización.

Ante este impulso, la ciudad tradicional, como se conoció en algunos casos hasta bien entrado el siglo XX, está desapareciendo. Sólo se han salvado los centros históricos grandes y sólidos, como en Europa, y a medias, pues se han convertido en objetos del turismo. En Hispanoamérica, buscando una anhelada modernización, se eliminaron sus pequeños y frágiles centros coloniales. Incluso en Ciudad de México, que era la excepción, se han demolido más de 300 palacios, conventos e iglesias, a partir de mediados del siglo XIX. (G. Tovar de Teresa: 1992)

EL CASO COLOMBIANO

En este país queda muy poco de sus pequeñas ciudades y pueblos coloniales o de tradición colonial. Su bellissimo campo, igual. De su imponente naturaleza tropical sólo restan unos cuantos parques, que el conflicto armado interno no deja visitar, y miles de kilómetros de baldíos, en los que no es posible vivir ni trabajar. Su rapidísimo y descontrolado crecimiento (cerca de 50 millones en menos de 50 años) fue posible debido a las limitaciones ideológicas de su clase dirigente, presa de la religión y amarrada a sus privilegios. (F. Safford: 1989)

Igual que todas las hispanoamericanas, nuestras ciudades se caracterizan por su condición híbrida (N. García Canclini: 1990). En ellas casi todo es nuevo, pero no moderno. Hay muchas modernizaciones, pero poca modernidad. Sus partes antiguas no lo son tanto y sus monumentos han perdido su significado y entornos tradicionales.

Su origen, como el de todas las ciudades occidentales, está en el oriente y lleva varios milenios. De allí pasaron al Mediterráneo, germinando en los cruces de caminos, los vados, las fortificaciones y las ferias, donde crecieron, poco a poco, apretadas entre murallas. Luego navegaron al Nuevo Mundo, con murallas y todo, aunque apenas algunas las tuvieron y sólo Cartagena de Indias las conserva. Aquí se trazaron en grande, pero casi todas permanecieron pequeñas hasta que, entrado el siglo XX, su crecimiento se disparó. Poco después se rodearon, estaban ya rodeadas de enormes barriadas de pobres, a las que su fealdad vuelve miserables y de suburbios de ricos, posibles por los automóviles, empobrecidos por lo miserable de su estética. Algunas se extendieron como mancha de aceite por el territorio que las rodeaba, al punto de que aparecieron las conurbaciones. Sao Paulo y Santiago de Cali fueron las ciudades que más crecían en el mundo, hacia 1950.

En 1985, la región controlada por Cali, tenía el 17% de la población de Colombia, Medellín el 15%, Barranquilla el 14% y Bogotá ya contaba con el 31%; es decir que juntas representaban el 78% del total del país, al tiempo que las cuatro ciudades, sólo, sumaban el 33%. La Costa Caribe, en donde están Barranquilla y Cartagena, es actualmente su región de mayor crecimiento. Las otras tres grandes ciudades, localizadas en el interior, pese a estar unidas por malas y peligrosas carreteras, que obligan al uso del avión, conforman una rica mega región. Estas cinco grandes ciudades y las intermedias que las rodean, concentrarán en este siglo la casi totalidad de la economía y población del país. (F. Zambrano: 1994)

LA DESTRUCCIÓN DE LAS CIUDADES COLONIALES

Las colombianas, como suelen ser las tradicionales, tenían multiplicidad de usos, calles de fachadas continuas y alturas uniformes, plazas llanas, en las que había diversos mercados, y parques frondosos. Con unos pocos tipos edilicios se levantaban casas, “palacios” y conventos, alrededor de patios, y sus únicos monumentos eran las iglesias. El espacio urbano público (las calles) estaba nítidamente separado del privado (patios y solares), por las construcciones (edificios públicos o viviendas privadas) y, únicamente, esa maravilla que es el zaguán, comunicaba lo íntimo (la penumbra del patio y sus galerías) con lo público (la calle luminosa y animada). Ciudad y naturaleza estaban radicalmente diferenciadas

A partir de la Independencia de España, se pretendió cambiar, al menos, su imagen: como había que luchar contra la monarquía, las ciudades se pensaron como ciudades antiguas. (G. Lomné). Esta adopción de nuevas (viejas) iconografías es explicada por Marx en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*: “En tales épocas de crisis revolucionaria se evocan angustiosamente los espíritus del pasado para ponerlos a su servicio; se toman prestados sus nombres, sus consignas, sus costumbres”. La imagen “romana” se tomó para unos pocos monumentos neoclásicos, como el Capitolio Nacional (uno de los mejores edificios del país), y para muchas casas de tradición colonial, cuyas fachadas comenzaron a ser cubiertas con formas clásicas. Imagen que se prolongó, a principios del siglo XX, a los edificios moderno-historicistas que se levantaron después. Conjunto ecléctico éste, que se ha denominado “republicano” o “neoclásico”, aludiendo apenas a sus formas. Después de la II Guerra Mundial se levantaron construcciones influenciadas por Estados Unidos, vencedores en ella, vestidas con formas españolas o *art déco*, de moda en California y La Florida. Pero también, atendiendo al llamado de la Madre Patria, a sus antiguas colonias, en la Exposición Universal de Sevilla de 1929, para que se adoptara el llamado estilo neo colonial. Casi al mismo tiempo, a estas maneras a la “antigua”, se agregó una a la “moderna”. Pero fue una modernización

que, entre nosotros, no sólo fue incompleta sino violenta. Identificada con la “civilización”, era europea o norteamericana y pertenecía a una minoría, que actuaba solitaria en la vida política y cultural y que, rechazando lo indígena y lo rural, asociados a la “barbarie”, buscaba afanosamente la modernización de estos países y uno de sus recursos fue poner en práctica en ellos el urbanismo y la arquitectura modernos. No es por casualidad que en el tercer mundo estén casi todas las poquísimas ciudades modernas que se intentaron en el planeta, principiando por Brasilia.

A partir de mediados del siglo pasado, se construyó en Colombia únicamente arquitectura moderna, pero con tal ímpetu e ignorancia que la ciudad tradicional y sus edificios se volvieron sus enemigos declarados. Se cambió la animación multifuncional por la zonificación, las plazas y parques por las zonas verdes, los monumentos por las “torres”, para cualquier cosa. Las calles, sin paramentos y de alturas desiguales, se pensaron únicamente para los automóviles que, como en todas partes, fueron nefastos para la calidad de la vida en las ciudades (J. Crawford). Los tipos edilicios se cambiaron por la “invención ad hoc” de cada edificio, los patios, por construcciones compactas. Los antejardines, identificados con la ciudad moderna norteamericana, hicieron que el espacio público se confundiera con el privado. Los mercados dieron paso a los centros comerciales y de servicios. La ciudad contenida explotó en una conurbación sin control, sin una frontera nítida entre lo urbano y el campo inmediato. Siguiendo publicitados ejemplos internacionales, se diseñaron edificios exentos, dispuestos en zonas verdes que ocultan las relaciones entre ellos, sólo evidentes en las composiciones abstractas que dibujaban sus arquitectos. Una notable excepción es el Centro Internacional de Bogotá, pero, en general, lo único que se logró, fue el caos en las alturas de los edificios y enormes medianerías ciegas, pues la codicia de los constructores apenas dejó los inevitables aislamientos posteriores. La reacción se produjo unas décadas después. Pero el llamado “guatavitismo”, un regreso a las formas “coloniales”, terminó, confundiendo todo, por ser terreno fértil para el postmodernismo de imágenes y el deconstrutivismo de revista (española, claro está), característicos de la arquitectura colombiana de finales del siglo, la que ha ignorado, como nunca, las ciudades en las que se levanta. Por supuesto, están los destacados ejemplos en dirección opuesta del arquitecto Rogelio Salmona y otros pocos; pero no son sino excepciones.

Aunque la superposición de lo “moderno” no fue desastrosa al principio, su total, acrítica, codiciosa e inculta aceptación posterior, significó la destrucción de los cascos coloniales de nuestras ciudades, casi completa en algunos casos pues, además, se demolieron muchos edificios y espacios urbanos “republicanos” y hasta modernos y, con ello, la idea misma de ciudad tradicional.

Las modernizaciones a las que se sometió Bogotá, después del “bogotazo” del 9 de abril de 1948, terminaron por destruir mucho de lo que había quedado de la tradicional Santafé de Bogotá, exceptuando el barrio de La Candelaria y algunas iglesias y conventos coloniales. En Cali fue peor. A partir de 1910, con la creación del nuevo Departamento del Valle del Cauca, se inició la demolición de las casas tradicionales de la ciudad, para dar paso a los edificios moderno-historicistas, con los que se escenificó su nueva capital y se dio inicio a su talante autodestructivo. Después, con la disculpa de los Juegos Panamericanos de 1971, se arrasó no sólo con buena parte de esos edificios “republicanos” acabados de construir, sino también con lo que había quedado de lo colonial, para levantar las “torres” con las que, a su vez, se escenificaron los Juegos. Error que se repitió, por tercera ocasión en las últimas décadas, cuando se reemplazaron muchas residencias, que se contaban entre el más valioso patrimonio arquitectónico moderno del país, por mediocres edificios seudo posmodernos, de los que se llenó la ciudad con el lavado de dólares del narcotráfico. Una ciudad, que tomó forma a lo largo de más de cuatro siglos, fue destruida en menos de cuatro décadas. De Santiago de Cali hoy queda apenas un pedazo de su nombre y un par de iglesias. Su espacialidad tradicional desapareció por completo y su cielo está invadido por las moles amenazantes y sin gracia de “torres” forradas de publicidad, elevadas al altar de la modernidad y el negocio con la disculpa del desarrollo. Apenas queda el barrio de San Antonio, que ni siquiera es colonial, muy maltrecho por los sucesivos intentos de ampliar un poquito sus calles con base en nuevas líneas de paramento (y de paso acabar con lo viejo), lo que, por supuesto, no se logró en ninguna calle, pero las dañó a todas.

Esta preocupante destrucción del patrimonio urbano y arquitectónico colombiano, aunque más acentuada en el sur-occidente del país que en ninguna otra de sus regiones, es generalizada. Sus pueblos cada vez tienen más cruces a dos niveles para los automóviles, pero menos casas “viejas” y las que quedan están ya tan descontextualizadas que no tienen sentido urbano, o tan maltratadas que han perdido sus méritos arquitectónicos y sólo les restan los históricos, si es que los tienen. Algunos pueblos poco tocados son excepciones que peligran. Apenas sobreviven, además de Cartagena y Mompox, ambas patrimonio de la humanidad, Popayán, Villa de Leyva, Santa Fe de Antioquia, Girón y Barichara, pero su degradación continúa. Por ejemplo, Villa de Leyva está cada vez más rodeada por los pastiches seudo coloniales del turismo, y en Popayán se cometieron graves errores después del terremoto de 1983: Edificios altos, agazapados tras muros blancos, falsas techumbres y fachadas “coloniales”, dañaron el perfil de la ciudad, cambiaron su escala y comprometieron la preeminencia de sus monumentos. También se suprimieron muchos patios, que son justamente los que, con las calles, caracterizaban su viejo centro, en el que, para peor de males, no se restringió el tráfico automotor.

Sin embargo (y afortunadamente), las trazas ortogonales, de antiquísimo origen, permanecen tercamente en lo que fue el casco histórico de las ciudades y pueblos colombianos y en muchos de sus ensanches posteriores. Y lo hacen por las mismas razones por las que en Cali permanece, en el suelo, la venta de productos agrícolas entre carros, taxis y buses, en las calles que rodean su nuevo Palacio de Justicia, pese a haber sido demolido hace décadas el bello mercado central, que lo albergaba, precisamente para construir el nuevo palacio. Mientras tanto el “viejo” palacio está abandonado en plena plaza principal, la que fue convertida en parque a finales del XIX, como casi todas en el país, para alejarla de lo español y acercarla a lo francés. Es decir, han desaparecido edificios, casas y calles pero han quedado usos, costumbres y memorias, y se buscan permanentemente elementos de la ciudad tradicional. Como lo indica el que el turismo patrimonial, que ya hace años desplazó o complementó, en muchas partes del mundo, el de playa y sol, se abre paso también entre nosotros, y lo comprueba el que los precios más altos de la propiedad raíz en Colombia estén en la vieja y bella Cartagena.

LA PERSISTENCIA DE LO URBANO

Las premoniciones de El Club de Roma, de hace medio siglo, no se cumplieron: hay comida suficiente pero lo que muchos no tienen es con qué comprarla. Lo que sí se está acabando es el espacio para vivir; mientras el 50% de los habitantes de la Tierra viven hoy en ciudades, en Colombia ya son casi el 80%. Es evidente la imposibilidad de volver al campo y la necesidad de conservar la naturaleza. En las ciudades, que están cambiando impresionantemente desde mediados del siglo XX, está el futuro, nos guste o no.

Imposible la civilización sin ciudades y que pueda sobrevivir sin ellas. Como se sabía ya en la Edad Media, buscamos ese “aire de la ciudad que hace que la gente sea libre”. Aunque ya no es posible comparar las actuales con las antiguas, nos ligan fuertemente a ellas asuntos que no son puramente culturales, como la “proxémica”, esa relación de las culturas con su espacio (E. T. Hall: 1966) o el modo en que las herramientas y medios se emplean, modificando sus productos (R. Goycoolea Prado: 2002), pues parecen obedecer primero que todo a características biológicas propias de la especie. Los tipos y patrones de la ciudad tradicional, por ejemplo, son tan persistentes que llevan a pensar que son tan del hombre como su lenguaje, pese a sus muchas variaciones en ambos casos. Queda la impresión de que éste no aprende a construir ciudades sino que sabe construirlas, igual que los niños no aprenden a hablar sino que saben hablar, como afirma Noam Chomski. (Véase: G. Sorman: 1991)

La utopía de la ciudad moderna, que remplazaría a la tradicional, es ya cosa del pasado. Las conurbaciones posmodernas, gracias al desarrollo de la informática

y el transporte, coexisten al lado de los cascos tradicionales, que a su vez se modernizaron. Desde hace unas décadas, principalmente en Europa, los arquitectos comenzaron a remendar los daños hechos a las ciudades por los intentos de modernizarlas y por la guerra. Recomponer calles, recrear manzanas y patios y revitalizar centros históricos son sus nuevos (viejos) propósitos. Se abre paso el futuro del patrimonio... incluyendo mucho de esa ya “vieja” modernidad. Pero no es simplemente rescatar lo mejor del pasado, sino que es ineludible, en la medida en que ni el planeta ni el hombre mismo han cambiado desde que existen ciudades. Por eso se continúa dotándolas de nuevos monumentos y espacios urbanos de carácter tradicional, al mismo tiempo que de nuevos y mejores servicios y más ecoeficiencia. Se vuelve a las calles y plazas y alturas uniformes y bajas, con las que se logran densidades medias, haciendo posibles, de nuevo, esos patios que garantizaban la privacidad en las viviendas antiguas.

En Colombia, como en muchas otras partes, se revitalizan algunas ciudades —como Cartagena— y algunos pueblos —como Barichara—, donde se combinan la calidad y variedad de sus viejos espacios urbanos y arquitectónicos con todos los avances modernos en higiene, confort, seguridad, comunicaciones y transporte. En Popayán, pese a los errores cometidos, muchas de sus casas, claustros e iglesias fueron restaurados con acierto después del terremoto y se salvaron las viejas calles. Y quedan algunos barrios tradicionales, como La Candelaria en Bogotá y San Antonio en Cali. Su potente tradición urbano-arquitectónica (compartida con toda Ibero América), es también para nosotros el escenario de nuestra cultura; la cultura de las ciudades. Pero no se trata de “recuperar” ciudades y barrios, ni de volverlos “pintorescos”, sino de conservar sus tipos edilicios, vigentes hasta hoy, mejorar el espacio y la animación de sus calles, mantener sus alturas, conservar sus patios y nutrir correctamente sus tradiciones.

Las ciudades son sus construcciones, espacios urbanos y paisajes, además de sus actividades y habitantes. El desencuentro en Colombia entre aquéllas y éstos, agudiza la historia indecisa y cambiante de sus ciudades y la falta de identidad y compromiso con ellas de sus nuevos pobladores, generando un clima propicio a esa violencia, que mata cada día un número creciente de sus ciudadanos más jóvenes, pues en nuestro país, al contrario de los desarrollados, casi no hay viejos. Sin embargo, lo más notorio, aunque casi nadie se percata, es que la falta de cultura urbana y de educación ciudadana es la principal responsable de la violencia nacional: Los accidentes de tránsito, la intolerancia intrafamiliar y entre vecinos, y la delincuencia común, matan más colombianos que el conflicto interno. (Semana: 2000)

Sin una verdadera tradición cívica y sin muchas posibilidades ni interés en conocer verdaderas ciudades (nos regodeamos en mirarnos a nosotros mismos),

rechazamos el artefacto urbano y la importancia de su belleza, y creemos ingenuamente que la vida ciudadana se puede llevar a cabo sin él. El resultado es el caos visual, que caracteriza nuestras ciudades y la pérdida de espacios urbanos públicos, conformados artísticamente. La ciudad pasó entre nosotros de ser una obra de arte colectivo y un artefacto para vivir —como lo fueron casi todas las ciudades tradicionales en el mundo durante cientos años y algunas durante varios milenios y muchas lo siguen siendo renovadamente—, a ser apenas ineficientes artefactos para habitar, circular y divertirse artificialmente en espacios distintos (TV, cines, discotecas, etc.) a los ofrecidos por la ciudad tradicional (calles, plazas, parques, rondas, paseos, restaurantes, cafés y bares), o la postmoderna (centros culturales, deportivos y comerciales, museos y terminales de transporte). En Colombia, con contadas excepciones como Cartagena, las ciudades se han vuelto, además de feas —muy feas, como es el caso patético de Cali— inseguras, caóticas, bulliciosas y sucias.

HACIA UNA POLÍTICA URBANA

El clientelismo, la ineficiencia, la corrupción, la falta de visión, la ignorancia o el moralismo mantienen ajenos a la mayoría de los políticos colombianos de las significativas tendencias mundiales de población y poblamiento. No se han percatado de que, cada vez, el país es más urbano pero con menos urbanidad, incluso comparado con los vecinos. Ignoran que las ciudades son el mejor medio para superar la ostensible falta de justicia, trabajo, posibilidades de intercomunicación, educación y recreación existentes en Colombia, porque en ellas son inseparables democracia y libertad. No tienen conciencia del enorme valor económico y social que representa el patrimonio construido, y no ven que se trata, ante todo, de no causar un trauma cultural. La desaparición de las tradiciones y los lugares que unen las diferentes generaciones y procedencias de los habitantes de sus grandes ciudades actuales (y muchas intermedias), ha contribuido a generar ese desarraigo creciente que tienen con sus demasiado nuevas y pobladas ciudades sin casi historia. Los arquitectos, urbanistas, políticos y electores, que afrontan el control y diseño de su permanente y rápida expansión, lo hacen armados de criterios y concepciones obsoletas: caricaturas del urbanismo utópico de los Congresos Internacionales de Arquitectura Moderna (CIAM), que se reunieron en Europa en la primera mitad del siglo XX, e imitaciones de lo más trivial de la arquitectura postmoderna o deconstructivista, la que consideran actual. Ha aparecido también un pernicioso ecologismo miope que, rechazando lo propiamente urbano, añora un campo que ya no existe, pensando ingenuamente que, hoy en día, es posible disfrutar de la naturaleza sin vivir en las ciudades.

En Colombia son pocas las políticas explícitas respecto a su población y poblamiento. El que en la última mitad del siglo pasado el país pasara de una

pequeñísima población, fundamentalmente rural y esparcida en un extenso territorio (el doble de España), a un número considerable de habitantes (mayor hoy al de España), concentrados en las grandes ciudades, sólo ha sido considerado en sus consecuencias inmediatas: contaminación, inseguridad, carencia de transporte masivo, deficiencia en los servicios, falta de educación, invasión del espacio público, pobres condiciones de habitabilidad y convivencia ciudadana, inflación y desempleo. Pero ninguna medida apunta a lograr verdaderas ciudades, en las que la vida sea libre, creativa y placentera, cada cual a su manera, a condición de que se respete el “culto” de cada uno –y por lo tanto el de los otros– como observó Fustel de Coulanges, ya en el siglo XIX, con respecto a la principal condición que permitió la aparición de las ciudades.

Las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), por su parte, iniciadas como autodefensa campesina, 50 años después han vuelto la extorsión, el secuestro, el terrorismo y el narcotráfico su forma de vida. No se dan cuenta de que, 32 de los casi 50 millones de colombianos (casi dos mil por cada guerrillero), viven sólo porque viven en ciudades. Jamás han estado interesados en el problema de mejorarlas. Nunca han dicho algo sobre ellas, de las que han estado siempre ausentes, refugiados en montañas y selvas, de las que son sus mayores depredadores. Las únicas que conocen, si se puede decir así, son esas capitales europeas a las que sus dirigentes viajan, auspiciados por sus ONG de bolsillo y aprovechándose de intelectuales ingenuos y gobiernos hipócritas, que señalan nuestros males, mientras toleran, cada vez más, el consumo de drogas entre sus ciudadanos, pero exigen mayor dureza al control (inútil) de su producción y se quedan con la mayor parte de su rentable tráfico (que lo es por estar prohibido), mientras disimulan que sus empresarios les vendan precursores químicos para el procesamiento de la droga y poco hacen para evitar el tráfico de armas.

Olvidan las FARC y el Ejército de Liberación Nacional (ELN) que las ciudades colombianas crecieron mucho, sobre todo con inmigrantes desplazados del campo por su violencia y que son los causantes de la aparición de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), que las combaten y no lo contrario. Como los Khmer Rouge –que trataron inútilmente de volver a Camboya (con ocho millones de habitantes en ese entonces) puramente campesina, obligando a más de la mitad de los tres millones de ciudadanos de Phnom Penh a dejarla en 24 horas, causando más de dos millones de muertos entre 1970 y 79 (J. L. Margolin: 1997)– las FARC buscan el poder, con la disculpa de esa aberrante utopía fundamentalista de volvernos a todos igualmente “felices”, en la arcadia social y natural, así sea contra nuestra voluntad, mediante la brutalidad, las purgas y el asesinato como métodos de gobierno.

Siguiendo el juego a estos “revolucionarios”, pocos colombianos entienden que, antes que reformar el Estado en abstracto, lo que hay que hacer es mejorar las ciudades en las que sus hijos (los que no emigren al exterior) vivirán. Ha habido, por supuesto, algunas iniciativas para que la vida en ellas sea más grata y digna. Como aumentar su densidad para evitar que se desparramen por el territorio adyacente, beneficiando únicamente a los terratenientes vecinos; o propiciar la variedad de usos y actividades y aumentar la animación, sobre todo en las calles de sus centros; o restringir el uso del automóvil privado y mejorar el transporte masivo, aumentando su capacidad, velocidad, confort y goce, para que todos los ciudadanos puedan caminar de nuevo con seguridad, tranquilidad y placer por las calles y mirar otra vez sus calles y casas. Pero ni las autoridades ni los ciudadanos clientelistas, que las eligen, son conscientes de la importancia de las ciudades. En general, carecen a mano de ejemplos de verdad para poder comparar. Ignoran lo que es una ciudad grata y digna, encuevados como están en lo que consideran buenos viveros; o piensan, como personas aun colonizadas, que eso sólo es posible en el extranjero, al que detestan pero al que todos quieren irse, pues han renunciado a transformar su propia realidad.

Sin embargo, no todo es negativo. Las cosas parecen comenzar a cambiar en las ciudades colombianas, especialmente en Bogotá, con sus cuatro últimos alcaldes (los periodos eran apenas de tres años y no son reelegibles); no sólo ya no se eligieron politiqueros corruptos, sino que la gente está comenzando a entender que los espacios urbanos públicos son para ellos, precisamente. Y esto es de suma importancia, considerando que en la capital esta concentrada cerca de la sexta parte de la población del país, y más de la mitad de su economía, educación, intercomunicación y recreación. Medio país pero, y este es el problema, si mucho una décima parte de sus habitantes, pues incluso muchos bogotanos todavía no tienen acceso a lo que hoy brinda la ciudad.

Lejos estamos, pues, de que estas iniciativas permitan suponer que podemos pasar de nuestras maltrechas metrópolis a verdaderas ciudades postmodernas; pero, quizás por fin, comenzamos. ●

BIBLIOGRAFÍA

- CRAWFORD, J. (2002) "Carfree Cities", Internacional Books.
- UNFPA, FONDO DE POBLACIÓN DE NACIONES UNIDAS: "The State of de World Population 2001".
- GARCÍA CANCLINI, Néstor (1990) "Culturas híbridas / Estrategias para entrar y salir de la modernidad" México, Grijalbo.
- GOYCOOLEA PRADO, Roberto (2002) "Nuevos paradigmas y desafíos docentes", Actas. Congreso Internacional de Expresión Gráfica, Universidad de la Coruña, La Coruña, 2002.
- HAJARI, Nisid y otros (11/1997) "Our Precious Planet", TIME, entrega especial.
- HALL, Edward T. (1966) "La dimensión oculta.", Traducción (1999) Madrid, Siglo XXI Editores.
- KOOLHAAS, Rem (Sin fecha) "Harvard Project on the City" en: "Mutations". ACTAR arc en réve centre d'architecture
- LOMNÉ, Georges (12/1999) Bogotá, Magazín de El Espectador.
- MARGOLIN, Jean-Louis y otros (1997) "El libro negro del comunismo / Crímenes, terror y represión". Traducción (1998) Barcelona, Editorial Planeta y Espasa.
- MEADOWS, Donella H. y otros (1972) "Los límites del crecimiento", Traducción (1972) México, Fondo de Cultura Económica. [Aguilar, Madrid, 1993]
- SAFFORD, Frank (1989) "El ideal de lo práctico. El desafío de formar una elite técnica y empresarial en Colombia" Bogotá. Universidad Nacional y El Ancora Editores.
- SCHNEIDER, Wolf (1961) "De Babilonia a Brasilia" Barcelona, Editorial Noguera.
- SORMAN, Guy (1991) "Los grandes pensadores de nuestro tiempo" Barcelona, Seix Barral.
- SWERDLOW, Joel L., (10/1998) "Population", National Geographic.
- TOVAR DE TERESA, Guillermo (1992) "La ciudad de los palacios: crónica de un patrimonio perdido", México, Espejo de obsidiana
- ZAMBRANO, Fabio y otros (1994) "Políticas e Instituciones para el Desarrollo Urbano Futuro en Colombia", Bogotá, Departamento Nacional de Planeación.
- AA. VV. (29/6/1995 y 24/12/2001) The Economist.
- AA. VV. (8/2000) Bogotá, Semana 953.